

N. 8
EL TENIENTE CORONEL

D. ANTONIO MILLAN

POR DIEGO BARROS ARANA.

50.018



SANTIAGO.
IMPRESA DEL FERROCARRIL.

1856.

80.426

El militar cuyo nombre encabeza estas líneas fué uno de los mas valientes soldados del ejército de Chile. Las crónicas i memorias de nuestra revolucion, los documentos oficiales de aquella época i la tradicion han conservado de él honrosos razgos de enerjía, coraje i patriotismo, que le han valido mas de una hermosa página en la historia de nuestra emancipacion.

El teniente coronel Millan era ya militar a la época de la insurreccion: abrazó con fé i decision la causa de la independencia de Chile, combatió siempre con valor i solo dejó las armas cuando la patria no tenia nada que temer de la España. A diferencia de la mayor parte de nuestros militares, él no ha empañado jamas sus glorias mezclándose en las disensiones civiles que han ensangrentado la república, porque su ánimo no abrigó ambicion de ninguna especie. "Mi mision sobre la tierra, decia Millan con la sencillez de un honrado veterano, fué la de cañonear a los godos: contra ellos peleé muchas veces, nunca contra los chilenos."

Es necesario pagar un justo tributo a la memoria de este buen soldado. Valiente hasta el heroismo en el campo de batalla, jeneroso i desinteresado en su carrera militar, el teniente coronel Millan merece mui bien que se consagren algunas páginas a trazar su biografía. Al escribir nosotros este bosquejo apuntamos los datos que acerca de su persona hemos recojido en el estudio de la historia nacional.

Nació don Antonio Millan en el puerco de Penco viejo, provincia de Concepcion, por los años de 1775. Era su

padre don Luis Millan, alférez entónces de dragones de la frontera, i su madre la señora doña Francisca de Paula Gatica. Don Antonio recibió su primera educacion en la capital de la provincia.

A la edad de veinte i siete años, el 1.º de febrero de 1802, se alistó en el cuerpo de artillería que guarnecia a Concepcion. La real ordenanza de este cuerpo daba gran importancia a todos los militares que servian en él, a tal punto que por cédula de 1709 se disponia que el título de teniente de artillería equivaliese al de coronel de ejército; pero se exijia tambien que, aun para ocupar la plaza de soldado, se rindiesen ciertos exámenes i se calificasen pruebas de nobleza. En aquella época, i por disposicion espresa de los soberanos de España, todos los empleados en esta arma en América, de capitán para arriba, debian venir de la metrópoli; i nadie, cualquiera que fuese su condicion, podia alistarse en el cuerpo en otro rango que el de soldado distinguido. Este grado obtuvo Millan: Oller, Picarte, Morla i muchos otros bravos, que despues ilustraron su nombre en defensa de la independencia de Chile, fueron entónces sus amigos i compañeros de armas.

El servicio de guarnicion no es el mas favorable para los ascensos militares. Millan sin embargo los obtuvo, gracias solo a su buena conducta i a su constancia en el fiel desempeño de sus deberes. En 1810, a la época de la creacion del primer gobierno nacional, era ya sarjento segundo distinguido i servia en la seccion de la brigada de artillería que guarnecia a San-

tiago. Cuando los revolucionarios aumentaron la fuerza de este cuerpo, Millan fué ascendido a sarjento segundo. El movimiento de 1810 le encontró, pues, en los grados mas subalternos de la milicia.

Las ocurrencias de este año mantenian en una viva agitacion a la juventud chillana. Millan tomaba parte en todo: en el cuartel se llamaba patriota i se manifestaba mui dispuesto a secundar decididamente los planes de los revolucionarios; pero queria mantenerse alejado de las cuestiones que estos sostenian entre si. Sin embargo de eso, el mayor de artilleria don Luis Carrera le habló en una ocasion interesandolo en que entrase en una revolucion que debia dirijir su hermano don José Miguel i ofreciéndole el grado de subteniente si prestaba su cooperacion. “Mayor Carrera, le contestó Millan, guardaré en secreto su propuesta, pero no quiero tomar parte alguna en la revolucion; mas si esta se hace mientras yo esté en el cuartel, seré el primero en apresar a Ud. i a todos los sospechosos”. De este modo creia cumplir a la vez con sus deberes de militar i de amigo.

La revolucion estalló a las doce del dia 4 de setiembre de 1811. Millan, en efecto, estaba fuera del cuartel cuando esta se hizo: manifestó publicamente su disgusto por ella i aun creyó que debia separarse del cuerpo. La junta gubernativa que entónces subió al poder supo apreciar su lealtad militar, lo dejó en el cuerpo de artilleria i le dió el grado de subteniente, que no habia querido comprar con perjuicio de su honor de soldado.

Solo don José Miguel Carrera no apreció su comportacion en este suceso. Querria éste que todo se doblegara a sus deseos, que todos los militares lo siguiesen fiel i decididamente en cada empresa que acometiera, i la terquedad de Millan para desecharse sus halagos i promesas le irritó sobre manera. Desde que aquel caudillo subió a los primeros puestos del gobierno i del ejército, este honrado militar estuvo constantemente retirado de los hombres del poder, i aun despues de comenzada la campaña contra el ejército realista que habia ocupado las provincias del sur, que-

dó todavia en el servicio de guarnicion.

Millan no salió de Santiago hasta mediados de 1813, cuando la junta gubernativa reforzó el ejército que mandaba el general Carrera para sitiar a Chillan. En este sitio memorable se estrenó en el servicio activo, en calidad de oficial de artilleria, colocado en la bateria mas avanzada hácia la plaza que mandaba el coronel O'Higgins. Empleado allí en el servicio de dos cañones de a 24, Millan se mantuvo en su puesto, batiéndose con sangre fria durante las acciones del 3 i 5 de octubre.

En la tarde de este segundo dia se empuñó un nuevo combate no menos obstinado i reñido que los anteriores. Los realistas hicieron una salida de la ciudad i fueron a atacar otra bateria mas retirada de la plaza: O'Higgins dejó su puesto para ir a defender la bateria amenazada, empuñó la accion en campo raso, i en pocos momentos la batalla fué jeneral. Los tiros de fusil i de cañon eran contestados por una i otra parte, i una bala despedida por un castillo de Chillan fué a causar los mas horribles estragos en la bateria avanzada donde servia Millan. Cayó sobre el armon de uno de los cañones de a 24 e incendió la pólvora que contenia, i ésta la demas del repuesto i hasta las cartucheras de los soldados. Levantóse una columna de fuego i humo en medio de una espantosa esplosion i de un terrible estruendo que atrajo las miradas de ambos ejércitos hácia aquel punto. Los gritos de los moribundos i los movimientos desesperados de los heridos, que se creian víctimas de una traicion, vinieron en breve a aumentar la confusion jeneral en la bateria, i la presencia del enemigo, que quiso aprovecharse de tan tristes circunstancias, puso en gran peligro la suerte del ejército patriota.

En aquellos momentos todo el ejército desesperó de su salvacion. Tan inesperada desgracia i la actividad del enemigo para aprovecharse de ella, introdujeron el desaliento por todas partes; pero por fortuna habian salvado en los fosos de la bateria algunos artilleros, el capitan Morla i los subtenientes Millan, Laforest, Cabrera i

Vazquez, que con valor extraordinario organizaron una vigorosa resistencia en medio de la confusion i del desórden que reinaban en ella. D. Antonio Millan particularmente, viéndolo todo perdido, cargó hasta la boca uno de los cañones de a 24, i descargándolo personalmente sobre la columna mas avanzada de los realistas hizo terribles estragos i la obligó a replegar-se en desórden. “Cuando acerqué la mecha al cañon, decia Millan refiriendo este suceso, creí que iba a reventarse; pero entre morir acuchillado por los godos o inutilizando un cañon que podia serles mui útil, no vacilé un solo instante i resolví sacrificarme. Dios quiso que tan desesperado arbitrio surtiese su efecto.”

Despues de este suceso, Millan siguió sirviendo en el ejército durante toda la penosa campaña de ese año. Se batió con valor en las jornadas de Quilacoya i el Roble, a las órdenes del coronel O'Higgins, i en ambas se distinguió entre sus camaradas. En el Roble, sobretudo, hizo cuanto podia esperarse de él, i mereció muchas recomendaciones en las notas que algunos oficiales insurjentes remitian al gobierno jeneral de Chile. Apesar de todo esto, solo obtuvo el grado de teniente en marzo de 1814.

En este año hizo toda la primera campaña, que concluyó con los tratados de Lircay. Se batió en el Quilo, paso del Maule, Tres Montes, paso del rio Claro i Quechereguas. En esta última jornada los artilleros se condujeron con tanta actividad como acierto, i la conducta de Millan en toda la campaña le valió el grado de capitán, concedido por las recomendaciones del brigadier O'Higgins.

Durante todo este tiempo Millan se mantuvo constantemente alejado de las turbulencias i discordias que ajitaban el cuartel jeneral de los insurjentes. Aun cuando tenia mil motivos de resentimiento con el jeneral Carrera, se negó decididamente a tomar parte en contra suya en las disensiones, supo esquivar todo compromiso i salvó su reputacion militar de una fea mancha.

Por esto no encontramos su nombre mezclado en ninguno de los sucesos de

aquel año, anteriores a la defensa de Rancagua. Cúpole en ella el honroso puesto de jefe de tres cañones que el brigadier O'Higgins hizo colocar en la trinchera mas importante de la plaza, construida en la calle de San Francisco, que mira al sur, por donde segun todas las probabilidades debian atacar los enemigos con mayor empuje. El capitán Millan aceptó el cargo, dispuesto a pelear mientras le fuese posible i enarboló una bandera negra en señal de que queria guerra a muerte.

Como se esperaba, una columna realista compuesta de mas de mil hombres entró al pueblo por la calle de San Francisco, i avanzó a marchas regulares con la intencion de apoderarse de la trinchera. Millan tuvo la precaucion de dejarla avanzar sin descargar un solo tiro; pero asi que se hubo acercado a la bateria rompió un vivísimo fuego de cañon con las tres piezas, dos de las cuales habia cargado a metrala. Los estragos fueron horribles: la calle quedó sembrada de cadáveres i durante un momento la columna realista no pudo moverse del punto que ocupaba. Poseídos de un terror pánico los soldados trataron solo de huir, pero los muertos les impidieron retroceder, i el fuego de la trinchera continuaba causando en sus filas grandes daños.

La defensa de Rancagua se sostuvo dos dias consecutivos. Durante ellos Millan permaneció en su puesto batiéndose con un coraje de que hai muy pocos ejemplos en los fastos nacionales. La bateria que le estaba encomendada sufrió los mas rudos ataques: los soldados i los oficiales morian por decenas a cada instante; pero sus defensores continuaron batiéndose con gran tenacidad, sin intimidarse por los fuegos de fusil que caian sobre ellos de los tejados i ventanas inmediatas. Faltó el agua a los sitiados, comenzaron a escasear las municiones i hasta hubo un instante en que se hizo sentir el desaliento entre los defensores de la plaza, viéndose abandonados por el jeneral Carrera; pero Millan, a imitacion del jefe de los chilenos, el valeroso brigadier O'Higgins, se manifestó dispuesto a no

rendirse jamás. En los últimos momentos del sitio peleó como un león: cargaba personalmente sus cañones i alentaba a los pocos soldados que aun estaban con vida. Todos ellos quedaron muertos o heridos, i Millan mismo recibió un balazo casi a quemarropa que le bandeó las dos piernas. Solo entonces, cuando ya no quedaba parado un solo hombre en la batería, Millan i los suyos dejaron de defenderla.

En ese mismo instante O'Higgins hacia tocar llamada en la plaza del pueblo para reunir los últimos restos de los defensores de Rancagua. Millan creyó todavía que su deber lo llamaba a aquel punto, i fué a juntarsele arrastrándose por sobre los cadáveres de sus soldados. Cuando llegó a la plaza, ya el jeneral O'Higgins habia cargado a la cabeza de 300 hombres sobre una columna realista, i se abria paso a filo de sable por entre un millar de enemigos. Desde entonces habia terminado la defensa de la plaza: Millan fue a buscar un asilo a la iglesia matriz del pueblo; pero los primeros soldados realistas que entraron a aquel sagrado recinto lo tomaron prisionero, lo golpearon inhumanamente con las culatas de sus fusiles i aun quisieron obligarlo a ponerse de rodillas para fusilarlo allí mismo. Solo su enerjía para desobedecer sus mandatos salvó a Millan de morir en los primeros momentos de confusion i desórden.

Desde entónces, quedó Millan en el presidio de patriotas que establecieron los realistas en Rancagua. Los enemigos le trataron con mucha consideracion i quisieron interesarlo por todos medios a cambiar de bandera i alistarse en el ejército español. Millan se resistió tenazmente a este cambio, pretestando mil causas para ello, i los realistas finjieron querer dejarlo en completa libertad, le abrieron las puertas de la prision i le pusieron por única condicion que llevase al gobernador de Valparaiso un pliego mui importante, que, segun le dijo el jefe político de Rancagua, no podia confiarse a un soldado.

La libertad comprada a este precio era sin duda una fortuna que convenia aprovechar. Millan aceptó las propuestas, i con gran precipitacion se puso en marcha

para Valparaiso, sin escolta ni compañía de ninguna especie. Por fortuna suya, tuvo la curiosidad de abrir el pliego de que era conductor, i con gran sorpresa vió entónces que era un órden terminante para que se le apresase en aquel puerto i se le remitiese al Perú en primera oportunidad. Sin vacilar un momento dió vuelta a su caballo, i se fué a esconder a las montañas de la provincia de Colchagua, en donde comenzaban a organizarse guerrillas sueltas para incomodar a las autoridades españolas. Por dos o tres meses consecutivos llevó allí una vida errante, comunicándose en secreto con los agentes de San-Martin, esparciendo falsas noticias para desprestijiar a los gobernantes de Chile i existiendo por todas partes el espíritu de insurreccion. Como si estos servicios no fuesen bastante efectivos, Millan pasó las cordilleras de los Andes por el boquete del Planchon, i fué a presentarse al cuartel jeneral de Mendoza en los primeros dias de 1816. Allí San-Martin le confió desde luego el mando de una compañía de artillería.

Con este grado hizo Millan la campaña de 1817. Al cuidado del parque de artillería i bajo las órdenes del fraile capitan don Luis Beltran, pasó a Chile por el boquete de Huspallata, i vino a batirse en las alturas de Chacabuco. Despues de esta batalla fué premiado con una medalla de plata. El año siguiente, 1818, recibió otra medalla i el grado de sarjento mayor en recompensa de su brillante conducta en la famosa jornada de Maipo. Servia en esta batalla en la artillería del ala izquierda al mando del bizarro mayor Borgoño: quien conozca las peripecias de este combate comprenderá los esfuerzos que hicieron los artilleros del ala izquierda para mantenerse en sus puestos cuando la infanteria independiente habia comenzado a desorganizarse en aquel punto.

Fué esta la última vez que Millan se encontró en batalla campal. Los golpes que recibió en Rancagua causaron graves daños en su fisico i le hicieron un apostema en el hígado que lo tuvo repetidas veces a las puertas de la muerte. Un violento ataque que le acometió en 1820 le

impidió hacer la campaña del Perú, i nuevas enfermedades le tuvieron casi siempre separado del servicio activo. Solo en agosto de 1824, un poco restablecido ya, fué a recibirse de una brigada de artillería de Concepcion, por encargo del supremo director don Ramon Freire; pero entónces sus trabajos se redujeron a los del servicio pasivo de guarnicion.

Millan permaneció sin embargo en el servicio hasta 1829. Preparábase entónces una revolucion terrible que iba a cambiar la faz de la república i en que tomaban parte todos los militares del ejército de Chile. Los hombres pensadores divisaban ya la guerra civil: los aprestos eran mui considerables i el calor de los partidos alejaba toda esperanza de avenimiento. Los dos bandos buscaron a Millan, le pidieron reiteradamente unos que tomase parte en la revolucion i otros que ayudase a sofocarla, ofreciéndole ámbos honores i ascensos. Desde 1824 tenia el grado de teniente coronel efectivo, i sin duda habria alcanzado a los mas altos puestos del ejército si hubiese querido alistarse en alguno de los bandos; pero Millan se negó a oír toda proposicion. "No quiero, dijo, mezclarme en guerras civiles: mucho he peleado en la guerra de la independencia, i no distaria en volver a empuñar las armas para combatir a los enemigos de la patria, pero no pienso disparar un tiro contra los chilenos."

Una vez en esta resolucion, el valiente artillero del sitio de Chillan i de la defensa de Rancagua, solicitó su reforma militar para separarse definitivamente del servicio. La guerra civil vino ántes que se le hubiese concedido lo que pedia; pero Millan se dió por separado del servicio i no tomó parte alguna en ella. Desde entónces hasta la época de su muerte no volvió a vestirse la casaca militar.

Desde aquellos sucesos pasó Millan algunos años sin gozar el sueldo correspondiente a su grado. El ministro Portales le concedió despues la mitad de él

en calidad de agregado a plaza, i en 1843, despues de haber comprobado mas de cuarenta años de buenos servicios, se le restituyó por fin al goze de su sueldo íntegro. Durante este tiempo se mantuvo alejado de todas las cuestiones políticas sin tomar interes por ninguno de los partidos que han dividido la sociedad chilena. Cuando creyéndolo herido por la suspension de su sueldo, se le propuso tomar parte en alguna de las muchas conspiraciones que se fraguaron durante la presidencia del jeneral Prieto, Millan se negó decididamente a entrar en ellas.

Aparte de su deseo de mantenerse alejado de toda revolucion, habia en su conducta algo que era producido por su natural modestia. Millan no abrigaba ambicion de ningun jénero, ni se creia llamado a figurar en mayor escala de la que ocupaba. Sus relaciones i amistades eran mui modestas de ordinario, i aun cuando contó entre sus amigos mas íntimos a muchos hombres importantes por sus talentos, posicion i fortuna, no pretendia hacerse valer por estas solas relaciones. Entre sus papeles hemos visto muchas cartas amistosas de personas mui notables, i son algunas de estas del sábio canonista peruano don Francisco de Paula Vivil, a quien conoció en Concepcion en 1829, i del jeneral don Luis de Cruz, i nadie quiza sabia que hubiese cultivado tan honrosas amistades.

Millan llevaba esta modestia hasta ocultar sus importantes servicios. "En algunas memorias sobre la época de la independencia, decia hablando de su vida pasada, he encontrado grandes elogios de mi conducta que disto mucho de merecer: yo solo fuí un pobre soldado."

Ese "pobre soldado," que apesar de su modestia fué uno de los mejores defensores de la Independencia de Chile, ha muerto a la edad de ochenta i un años, dejando entre sus amigos el recuerdo de sus virtudes i una memoria imperecedera en las pájinas de la historia nacional.